

CONCLUSION

EL PROBLEMA DE LA VIDA INDIVIDUAL

¹ Mi tarea ha terminado.

² Sin embargo, el pensamiento se remonta todavía. Los problemas que hemos estado considerando conducen a un problema más alto y profundo aún. Tras los problemas de la vida social yace el problema de la vida individual. Me ha sido imposible reflexionar sobre los unos sin reflexionar sobre el otro, y así, creo, ocurrirá a aquellos que, leyendo este libro, sigan mi pensamiento. Porque, como dijo Guizot, "cuando la historia de la civilización se ha completado, cuando no hay nada más que decir acerca de nuestra actual existencia, el hombre, inevitablemente, se pregunta si todo está agotado, si ha llegado al fin de todas las cosas".

³ No puedo discutir ahora este problema. Hablo acerca de él únicamente porque el pensamiento que, mientras escribía este libro, me ha hecho sentir un inefable consuelo, puede también consolar a algunos de los que lo lean; porque, sea cual fuere su suerte, será leído por algunos que, en lo íntimo de su corazón, han tomado la cruz de una nueva cruzada. Este pensamiento se les ocurrirá sin que yo se lo sugiera; pero estamos más seguros de que vemos una estrella cuando sabemos que otros también la ven.

⁴ La verdad que he procurado esclarecer no será aceptada fácilmente. Si pudiera serlo, habría sido aceptada hace mucho tiempo.

Si pudiera serlo, no se hubiera oscurecido nunca. Pero encontrará amigos —que trabajarán por ella, sufrirán por ella y, si es preciso, morirán por ella. Tal es el poder de la Verdad.

¿Prevalecerá al fin? Al fin, sí. Pero ¿en nuestro tiempo, o en tiempos en que se conserve alguna memoria de nosotros, quién lo dirá?

Para el hombre que, viendo la necesidad y la miseria, la ignorancia y el embrutecimiento causados por injustas instituciones sociales, procure rectificarlas, en la medida de sus fuerzas, habrá contratiempos y amarguras. Así ha ocurrido desde muy antiguo. Así sucede también ahora. Pero la idea más amarga —y a veces viene a los mejores y más animosos— es la de la esterilidad del esfuerzo, de la futilidad del sacrificio. A pocos de los que siembran la semilla les es dado verla crecer, ni aun saber con certeza si crecerá.

No lo ocultemos. Una y otra vez, la bandera de la Verdad y de la Justicia se ha levantado en el mundo. Una y otra vez ha sido hollada, a menudo en sangre. Si son débiles las fuerzas que se oponen a la Verdad, ¿por qué ha de durar tanto el error? Si la Justicia, con sólo erguir la cabeza, puede alejar la injusticia, ¿cómo resuenan tan largo tiempo los lamentos de los oprimidos?

Para los que vean la Verdad y la sigan, para los que reconozcan la Justicia y luchen por ella, el triunfo no es la única cosa. ¡El triunfo! La mentira y la injusticia lo brindan con frecuencia. Pero la Verdad y la Justicia ¿no tienen algo que dar, suyo por derecho propio, suyo por esencia y no por accidente?

Lo tienen, y en todas partes lo saben quienes han sentido su exaltación. Pero algunas veces las nubes lo encubren. Es triste, triste leer las vidas de los hombres que hicieron algo por sus semejantes. A Sócrates le dieron la cicuta; Graco fue muerto a palos y pedradas; y a Uno, el más grande y el más puro de todos, lo crucificaron. Estos no son sino modelos. Hoy las prisiones rusas están llenas, y en procesión continua, hombres y mujeres que, si no fuera por su magnánimo patriotismo, vivirían

en el lujo y la comodidad, marchan encadenados hacia la muerte en vida a Siberia. Y en la miseria y la necesidad, en el olvido y el desprecio, privados hasta de la simpatía que hubiera sido tan dulce, ¿cuántos han cerrado los ojos en todos los países? Esto vemos nosotros.

10 *Pero ¿lo vemos todo?*

11 Mientras estaba escribiendo, he cogido un periódico. Hay en él una corta noticia, evidentemente traducida de un informe semi-oficial, de la ejecución de tres nihilistas, en Kiev: el súbdito prusiano Brandtner, el desconocido que se hacía llamar Antonoff y el noble Ossinsky. Al pie de la horca se les permitió besarse mutuamente. "El verdugo cortó la cuerda; los médicos certificaron la muerte de las víctimas; sus cuerpos fueron sepultados al pie del cadalso, y los nihilistas fueron entregados al olvido eterno." Así dice el relato.

12 Yo no lo creo. No; al olvido, no.

13 En este estudio me he dejado llevar por mi propio pensamiento. Cuando mentalmente me fijé en él, no tenía teoría que sostener ni conclusión que probar. Solamente cuando contemplé por vez primera la repugnante miseria de una gran ciudad, me espantó y atormentó, y no hubiera descansado pensando en la causa que la producía y cómo podía remediarse.

14 Pero de esta indagación ha venido a mí algo que no pensaba encontrar, y una fe muerta revive.

15 La aspiración a una vida futura es natural y profunda. Crece con el desarrollo intelectual, y acaso nadie la sienta como los que han empezado a ver cuán grande es el Universo y cuán infinitas son las perspectivas que cada adelanto en la ciencia abre ante nosotros, perspectivas que exigirían nada menos que una eternidad para explorarlas. Pero en la atmósfera intelectual de nuestro tiempo, para la gran mayoría de los hombres en quienes las meras creencias han perdido su firmeza, parece imposible mirar esta aspiración como algo más que una esperanza vana e infantil,

nacida del egoísmo humano, y para la cual no hay la menor base o garantía, sino que, por lo contrario, parece incompatible con la ciencia positiva.

16 Ahora bien, cuando tratamos de analizar y descubrir las ideas que de este modo destruyen la esperanza en una vida futura, encontramos, creo yo, que tienen su fuente no en alguna revelación de las ciencias físicas, sino en ciertas enseñanzas de las ciencias políticas y sociales que han penetrado profundamente el pensamiento en todos sentidos. Tienen su raíz en las doctrinas que admiten la tendencia a la producción de más seres humanos de los que pueden ser sustentados; que el vicio y la miseria son el resultado de leyes naturales y los medios por los cuales se realiza el adelanto; y que el progreso humano se verifica por una lenta, evolución de la especie. Estas doctrinas, que han sido aceptadas generalmente como verdades probadas, hacen (prescindiendo de su influencia en las interpretaciones científicas) lo que la extensión de la ciencia física no hace: reducen el individuo a la insignificancia, destruyen la idea de que pueda haber en la ordenación del Universo cierta consideración a su existencia, o algún reconocimiento de lo que llamamos cualidades morales.

17 Es difícil conciliar la idea de la inmortalidad humana con la idea de que la Naturaleza despilfarrá los hombres, trayéndolos constantemente a la existencia donde no hay sitio para ellos. Es imposible conciliar la idea de un Creador inteligente y benéfico, con la creencia de que la desdicha y degradación, que son el lote de tan gran parte del género humano, resultan de sus decretos; mientras que la idea de que el hombre es intelectual y físicamente el resultado de modificaciones lentas perpetuadas por la herencia, sugiere irresistiblemente la idea de que no la vida individual, sino la vida de la especie, es el objeto de la existencia humana. Así se ha desvanecido en muchos de nosotros, y en muchos más se está desvaneciendo, aquella fe que en las luchas y desgracias de la vida proporciona el más fuerte apoyo y el más eficaz consuelo.

¹⁸ Ahora bien, en el examen que ha absorbido nuestra atención, hemos hecho frente a estas doctrinas y visto su falsedad. Hemos visto que la población no tiende a superar la subsistencia; hemos visto que el despilfarro de las facultades humanas y la prodigalidad de los sufrimientos humanos no provienen de las leyes naturales, sino de la ignorancia y egoísmo de los hombres que rehusan adaptarse a ellas. Hemos visto que el progreso humano no procede de una modificación en la naturaleza de los hombres, sino que, por el contrario, la naturaleza de los hombres parece, generalmente hablando, siempre la misma.

¹⁹ De este modo, la pesadilla que destierra del mundo moderno la creencia en una vida futura, desaparece. No por esto quedan eliminadas todas las dificultades, porque, por más vueltas que demos, venimos a parar en lo que no podemos comprender; pero se han vencido aquellas dificultades que parecían terminantes e insuperables. Y así, la esperanza brota.

²⁰ Pero esto no es todo.

²¹ La Economía política ha sido llamada la ciencia lúgubre, y tal como se enseña generalmente, es desesperanzada y desalentadora; pero esto, según hemos visto, es debido únicamente a que ha sido degradada y encadenada, dislocadas sus verdades, ignoradas sus armonías, amordazada la palabra que quería proferir, y su protesta contra la iniquidad, trocada en un apoyo de la injusticia. Libertada, como he procurado libertarla, en su propia simetría, la Economía política irradia esperanza.

²² Porque, debidamente comprendidas, las leyes que rigen la producción y la distribución de la riqueza muestran que la penuria y la injusticia del estado social presente no son inevitables, sino que, por lo contrario, es posible un estado social en que la pobreza fuese desconocida, y las mejores cualidades y facultades de la naturaleza humana tuviesen oportunidad para desarrollarse plenamente.

²³ Y más aún: cuando vemos que el desarrollo social no es regido

ni por una Especial Providencia ni por un implacable destino, sino por la ley a la vez inmutable y benéfica; cuando vemos que la voluntad humana es el gran factor y que, considerando los hombres en conjunto, su condición es la que ellos mismos se crean; cuando vemos que la ley moral y la ley económica son esencialmente una, y que la verdad que la inteligencia humana conquista tras penosos esfuerzos no es sino lo que alcanza el sentido moral por intuición rápida, un torrente de luz se derrama sobre el problema de la vida individual. En estos innumerables millones de hombres como nosotros que han pasado por esta nuestra tierra, y continúan pasando, con sus alegrías y tristezas, sus trabajos y sus luchas, sus aspiraciones y sus temores, sus fuertes percepciones de cosas más profundas que los sentidos, sus sentimientos comunes que forman la base de los credos más divergentes, sus pequeñas vidas no parecen tanto un despilfarro sin sentido.

El gran hecho que la ciencia revela en todas sus ramas es la universalidad de la ley. Dondequiera que se pueda observar, sea en la caída de una manzana o en la revolución de las estrellas dobles, el astrónomo ve obrar la misma ley, que rige en las divisiones más diminutas en que podemos distinguir espacio, como en las distancias inconmensurables de que trata su ciencia. De más allá del campo de su telescopio viene un cuerpo móvil, y otra vez desaparece. En lo que puede trazar de su carrera, su ley se ignora. ¿Dirá que aquél es una excepción? Al contrario, dice que ha visto sólo una parte de su órbita; que más allá del alcance del telescopio la ley persiste. Hace sus cálculos, y siglos más tarde se ven confirmados.

Si observamos ahora las leyes que rigen la vida humana en sociedad, vemos que son las mismas en la comunidad más extensa y en la más pequeña. Las que a primera vista parecen divergencias y excepciones, no son sino manifestaciones de los mismos principios. Siempre que podemos investigarlo, hallamos la ley social de acuerdo con la ley moral; y en la vida de una comunidad, la justicia lleva infaliblemente consigo su recompensa, y la

injusticia, su castigo. Pero no podemos ver esto en la vida individual. Si sólo miramos la vida individual, no podemos ver que las leyes del Universo tengan la más ligera relación con el bien y el mal, lo recto y lo culpable, lo justo y lo injusto (1). ¿Diremos acaso que una ley patente en la vida social no es cierta en la vida individual? No es científico decir esto. No lo diríamos de ninguna otra cosa. ¿No sería mejor decir que nos prueba tan sólo que no vemos la totalidad de la vida individual?

26 Las leyes que la Economía política descubre, lo mismo que los hechos y relaciones de la Naturaleza física, armonizan con lo que parece la ley del desarrollo intelectual: no un progreso necesario o involuntario, sino un progreso en que la voluntad humana es una fuerza iniciadora. Pero en la vida, tal como la conocemos, el desarrollo intelectual puede adelantar muy poco. Apenas empieza a despertar la inteligencia, cuando decaen las fuerzas corporales; apenas se hace cargo confusamente del vasto campo que a su vista se descubre, apenas empieza a comprender y a usar sus fuerzas, a ver sus relaciones y a extender sus afectos, cuando, con la muerte corporal, se extingue. Si no hay algo más, parece haber aquí una brecha, un vacío. Sea un Humboldt, un Herschel, un Moisés mirando desde el Pisgah, un Josué acaudillando huestes, o una de esas almas dulces y pacientes que, en limitados círculos, viven vidas radiantés, parece que si la mente y el carácter aquí desarrollados no pueden ir más allá, habría una falta de propósito, incom-

(1) No engañemos a nuestros hijos. Si no por otra razón, por la que Platón daba: que cuando ellos lleguen a rechazar lo que les hemos contado como una piadosa fábula, rechazarán también lo que les hemos contado como verdad. Las virtudes que se refieren a la propia conducta generalmente tienen su recompensa. Sea un comerciante, sea un ladrón, obtendrá mejor éxito si es sobrio, prudente y fiel a sus promesas; pero en cuanto a las virtudes que no se refieren a sí propios:

*Me parecé un cuento del mundo de los fantasmas,
Cuando alguien obtiene lo que merece
O merece lo que obtiene.*

patible con lo que podemos ver en la eslabonada sucesión del Universo.

27

Por una ley fundamental de nuestra inteligencia —la ley en que la Economía política apoya todas sus deducciones— no podemos concebir un medio sin un fin, un plan sin un objeto. Ahora bien, para toda la Naturaleza, en cuanto con ella nos ponemos en contacto en este mundo, el sostenimiento y empleo de la inteligencia que hay en el hombre suministra este fin y objeto; pero a no ser que el hombre mismo ascienda a algo superior, o que lo produzca, su existencia es incomprendible. Tan fuerte es esta necesidad metafísica, que los que niegan algo superior a la vida del individuo se ven obligados a transferir a la especie la idea de la perfectibilidad. Pero, como hemos visto (y el razonamiento se podía hacer mucho más completo), nada hay que, en concepto alguno, indique ningún esencial perfeccionamiento de la especie. El progreso humano no es el perfeccionamiento de la naturaleza humana. Los adelantos en que la civilización consiste no se obtienen en la constitución del hombre, sino en la constitución de la sociedad. De suerte que no son fijos y permanentes, sino que pueden perderse en cualquier tiempo; es más: tienden constantemente a perderse. Y además de esto, si la vida no se prolonga más de lo que aquí vemos, nos encontramos, al considerar la especie, con la misma dificultad que con el individuo. Porque es cosa tan cierta que la especie ha de morir, como lo es que ha de morir el individuo. Sabemos que han existido condiciones geológicas bajo las cuales la vida humana era imposible en esta tierra. Sabemos que han de volver. Ahora mismo, a medida que la Tierra da vueltas a su órbita, el casquete boreal de hielo se engruesa lentamente, y se aproxima por grados la época en que sus ventisqueros fluirán de nuevo, y los mares australes, avanzando hacia el Norte, sepultarán el asiento de la actual civilización bajo océanos desiertos, como quizá sepulsen ahora lo que en otro tiempo fue una civilización tan elevada como la nuestra. Y después de esos períodos, la ciencia percibe una Tierra sin vida, un Sol extinto; un

tiempo en que, chocando con otro, el sistema solar se reduzca a una forma gaseosa, para empezar nuevamente mutaciones inconmensurables.

28 ¿Cuál es, pues, el significado de la vida, de la vida absoluta e inevitablemente limitada por la muerte? A mí sólo me parece comprensible como el camino y umbral de otra vida. Y sus hechos parecen sólo explicables por una teoría que no se puede expresar más que con mitos y símbolos y que, en todas partes y tiempos, se expresa en cierto modo mediante los mitos y símbolos con que los hombres han intentado reflejar sus percepciones más profundas.

29 Las escrituras de los hombres que han sido y se han marchado —las Biblias, los Zend-Avestas, los Vedas, los Dhammapadas y los Coranes—; las doctrinas esotéricas de las antiguas filosofías; el íntimo significado de religiones grotescas; las constituciones dogmáticas de los Concilios Ecuménicos; las predicaciones de los Fox, los Wesley y los Savonarola; las tradiciones de los pieles rojas y las creencias de los negros salvajes, tienen un alma y un corazón en que concuerdan —algo que parece como las percepciones, variamente deformadas, de una verdad primaria—. Y de la cadena de ideas que hemos seguido parece surgir vagamente el destello de lo que ellos percibían vagamente —un oscuro fulgor de relaciones finales, un conato para expresar lo que inevitablemente cae en el símbolo y la alegoría—. Un jardín en que hay los árboles del bien y del mal. Una viña en que hay que hacer la obra del Señor. Un paso de la vida de aquí a la de más allá. Una prueba y una lucha, cuyo final no podemos ver.

30 Mirad en torno hoy.

31 ¡Ved! Aquí, ahora, en nuestra sociedad civilizada, las viejas alegorías tienen aún un significado, los viejos mitos son aún verdad. El sendero del deber todavía conduce con frecuencia al Valle de la Sombra de la Muerte; al través de las calles de la Feria de la Vanidad pasean Cristiano y Fiel, y sobre la armadura de Gran Corazón resuenan estruendosos golpes. Ormuz todavía

lucha con Ahrimán —el Príncipe de la Luz con los Poderes de las Tinieblas—. Al que quiera oír, le llaman los clarines de la batalla.

32 ¡Cómo llaman, y llaman, y llaman, hasta que se exalta el corazón de quienes los oyen! Almas fuertes y nobles intenciones, el mundo os necesita ahora. La Belleza aún sigue prisionera, y ruedas de hierro aplastan el bien, la verdad y lo bello que pueden brotar de la vida humana.

33 Y los que pelean con Ormuz, aunque no se conozcan unos a otros, en alguna parte, algún día, serán todos convocados.

34 Aunque la Verdad y el Derecho parezcan con frecuencia abatidos, nosotros no lo podemos ver todo. ¿Cómo podríamos verlo todo? Ni siquiera podemos saber todo lo que sucede aquí. Las vibraciones de la materia que dan las sensaciones de la luz y del color, se nos hacen imperceptibles al pasar de cierto punto. Sólo dentro de límites análogos podemos enterarnos de los sonidos. Aun los animales tienen sentidos que nosotros no tenemos. ¿Y aquí? Comparada con el sistema solar, nuestra Tierra no es sino una mota imperceptible; y el sistema solar mismo se reduce a nada, si se le compara con los abismos de estrellas. ¿Diremos que todo lo que excede a *nuestra* vista pasa al olvido? No; al olvido, no. Más allá, mucho más allá de nuestra vista, las eternas leyes mantienen su imperio.

35 ¡La esperanza que surge es el corazón de todas las religiones! Los poetas la han cantado; los profetas la han revelado, y en sus más profundos latidos el corazón del hombre palpita respondiendo a su verdad. Lo que Plutarco ha dicho es lo que, en todos los tiempos y en todas las lenguas, han dicho los que tienen el corazón puro y la mirada penetrante, los que, colocados, por decirlo así, en la cima de la montaña del pensamiento y mirando sobre el oscuro océano, han divisado vislumbres de la tierra:

"Las almas de los hombres, rodeadas aquí de los cuerpos y las pasiones, no tienen comunicación con Dios, salvo únicamente lo que pueden llegar a concebir, por medio de la filosofía, como en una especie de oscuro sueño. Pero cuando se desligan del cuerpo y se trasladan a la región desconocida, invisible, impenetrable y pura, este Dios es entonces su guía y su rey; están, como si dijéramos, pendientes de El totalmente y contemplan sin cansancio y aman con pasión aquella belleza que no puede ser expresada o proferida por los hombres."